

Lunas del desierto

María Baranda

Miro caballos corriendo con la luna
miro la luna
cilíndrica y cortada
miro y evoco la quietud de Dios
y sus galaxias
miro su vara.

Coro de sales,
su risa entre la cal bellísima del alba.
Hay una infinitud de arena y unos caballos,
caballitos del diablo,
que pulsan el vértigo del agua.
En Cuatrociénegas el cielo es un cristal curvado en cárbos
y en un hervor la sangre canta:
Lumbre
si encontrara el ojo
en el brocal, el pacto
que me anda por la orilla del capullo.

En franco cuerpo descabalga y pisa, preña el lodo:
Si encontrara vida
mira que este ojo —dice en voz
única voz— hubiera lloro.

En qué pausa / en qué reposo
el mundo.

—Al alba. Fijo el ojo. Abro. Miro el mármol
de la nube, la roca rastro
remo el tallo y el tubérculo...
Algas de marfil, voy pájaro de agua, soy manto
fijo el ojo. Abro. Miro un rey de andrajos
en la luna, un lloro
fui varón en diestra y en siniestra pinto
un pez
en el vacío, una señal
de clorofila. Ardo
en agua.—

El mar
dos veces mar es en sus láminas. Los hilos
de la luz se abren al fondo.
Avista el ojo: nombra a la abeja azul,
abre su páramo.

En una ciénega —cinta de ámbar—
dice: en aquel tiempo había caballos corriendo con la luna,
el sol ávidamente latía con las galaxias
y una vara
—levísimo pincel—
formaba el mundo.

Cilíndrica y cortada la luna se acalora.
Pasan
libélulas indómitas,
excelsa en estas ciénegas
el agua
por el ojo
en nuestra sangre,
alumbra.